

hogar y produccion del corazon de su amigo y de la voz de su muger.

A los pocos días apareció la nueva cancion en Estrasburgo y voló de ciudad en ciudad, tocada por todas las orquestas populares. Marsella la adoptó para cantarla al principio y al fin de las sesiones en los clubs, y los marseleses la esparcieron por toda la Francia, cantándola por los caminos. De aquí le viene el nombre de *Marsellesa*. La anciana madre de de Lisle, realista y religiosa, asustada del renombre que había adquirido su hijo como autor de esta cancion, le preguntaba en una de sus cartas: «¿Qué himno revolucionario es ese que canta una horda de bandidos al atravesar la Francia, y al cual va unido nuestro nombre?» El mismo de Lisle, proscrito por federalista, se estremeció al oírle resonar en sus oídos como una amenaza de muerte, cuando un día andaba fúgitivo y errante por las veredas del Jura. «¿Cómo se llama ese himno?» le preguntó al guía que llevaba. «La *Marsellesa*,» respondió el paisano. De este modo supo el nombre de su propia obra, precisamente cuando huía del entusiasmo que había producido su cancion. A duras penas pudo escapar á la muerte. El arma suele volverse contra la misma mano que la ha forjado; la revolucion cuando llega al delirio no reconoce ya su propia voz.

LIBRO DIEZ Y SIETE.

Reaccion.—El directorio de Paris suspende á Petion.—Indignacion del ejército.—Llegada de La Fayette á Paris.—Su discurso en la Asamblea.—Doble papel de Danton.—Relaciones entre la corte y los girondinos.—Guadet va secretamente á las Tullerías.—Su enternecimiento.

I.

La corte estaba temblando desde que supo la venida de los marseleses, porque para su defensa no contaba con otra cosa que con un fantasma de Constitucion en la Asamblea, y con la espada de La Fayette en las fronteras. Los oradores constitucionales Vaublanc, Ramond, Girardin y Becquet, aunque tan elocuentes como los de la Gironda, no tenían la influencia de estos; limilábanse pues. á defender artículo por artículo al impotente código que la nacion acababa de jurar, y el valor que manifestaban en tamaña crisis, era el mas hermoso y meritorio que puede darse, que es aquel que no tiene esperanza. La Fayette con generosa intrepidez desafiaba á los jacobinos en sus alocuciones al ejército y en sus oficios á la Asamblea,

pero cuando un pueblo está armado, hace pococaso de frases pomposas y la mejor elocuencia del general consiste en semejante caso en obrar. La Fayette hablaba como un dictador sin tener fuerza en que apoyarse, y el papel que queria desempeñar no podia serle conveniente hasta despues de haber obtenido la victoria. Asi es que sus atrevidas acusaciones contra los jacobinos no produjeron otro resultado que algun aplauso en la Asamblea y la desdeñosa sonrisa de los mismos contra quienes se dirigia, que avisados de lo que contra ellos podia hacer La Fayette, se creyeron en el caso de tomarle la delantera. La insurreccion quedó resuelta, y girondinos, jacobinos y franciscanos, se aunaron para llevarla á cabo en un sentido, sino decisivo, al menos significativo y terrible para la corte.

II.

Apenas habian vuelto á los arrabales las bordas de Santerre y de Danton, cuando ya se descubria una indignacion general en el pueblo de Paris, dispuesto á sublevarse. La guardia nacional tan pusilánime el dia anterior, el vecindario que tan indiferente habia permanecido, y aun la misma Asamblea pasiva ó cómplice en el acontecimiento antes que se verificase, y aun en el acto de verificarse, clamaban ahora á voz en grito contra los atentados del pueblo, contra la conducta de Petión y contra las ofensas hechas á la magestad y á la libertad en la persona del soberano constitucional, y sobre todo contra la impunidad que se habia seguido á tan atroces atentados. El 21 todos los paseos, el jardin y el vestibulo de las Tullerías, estuvieron llenos de un gentío afligido y consternado, que tanto en sus acciones como en sus palabras manifestaba su deseo de vengar á la familia real de los ultrajes que el dia anterior se le habia hecho sufrir.

Enseñábanse unos á otros horrorizados los destrozos hechos por los amotinados en los postigos, rejas y ventanas de palacio, y se preguntaban hasta dónde iria á parar una democracia que trataba de aquella suerte los poderes constituidos. Hablábase en todos los corrillos de las lágrimas de la reina, del terror de sus hijos, del sacrificio sobrenatural de madama Isabel y de la intrepidez y dignidad de Luis XVI. Jamás habia manifestado este principe ni volvió á manifestar en lo sucesivo tanta magnanimidad. Lo excesivo del insulto hizo aparecer en él el heroismo de la resignacion, y si hasta entonces se habia dudado de su valor, el 20 de junio se vió que era muy grande. El no haber conocido esto antes, consistia en que siendo de un carácter tímido, necesitaba que lo extraordinario de las circunstancias le pudiese en el caso de dejarse ver con toda la dignidad que realmente tenia, y que era lo que convenia al alto rango en que le habia colocado la Providencia. A pesar de haber durado el peligro mas de cinco horas, Luis habia visto sin inmutarse y á poca distancia de su pecho, las picas ó lossables de cuarenta mil confederados, desplegando mas energia y estando mas espuesto en esta lenta revista de la sedicion que puede estarlo un general en jefe en diez batallas campales. El pueblo de Paris estaba muy penetrado de esto, y si antes le compadecia, desde entonces admiraba ya á su soberano. Por todas partes se oian gritos reclamando venganza del insulto que se le habia hecho.

III.

Mas de veinte mil ciudadanos firmaron espontáneamente una peticion dirigida á las autoridades locales, en la que se pedia se hiciese justicia castigando á los perpetradores de tan horrosos crímenes. La administracion departamen-

tal decidió que había lugar á perseguir á los fautores del desórden, y la Asamblea decretó que cualquiera reunion que se armase en lo sucesivo so pretexto de peticion, fuese dispersada por la fuerza pública. Jacobinos y girondinos temblaron al ver estas disposiciones y callaron por aquel momento, limitándose á regocijarse en el secreto de sus conciliábulos de la humillacion que habian hecho sufrir al trono. Hasta las mugeres fueron insensibles, y el espíritu de partido hizo que aunque madres y esposas tuviesen la suficiente crueldad de corazon para no enter necerse ante el suplicio de una madre y de una esposa ultrajada. Madama Roland hablando de lo que debía haber sufrido en aquella ocasion el orgullo de la reina, dijo: «¡Cuánto me hubiese alegrado de ver su larga humillacion y lo mucho que en ella habrá padecido su orgullo!» Estas espresiones eran un crimen de la politica contra la naturaleza; crimen cruel que aquella muger comprendió mas tarde, cuando otras mugeres feroces regocijándose de su martirio iban palmoteando delante de la fatal carreta que la conducia al cadalso. Petion publicó una justificacion de su conducta, que no sirvió sino para acriminarle mucho mas. Al presentarse el 21 en las Tullerías acompañado de algunos individuos de ayuntamiento, se le hicieron mil desprecios acompañados de algunas amenazas. El batallon de los *hijos de Santo Tomás*, compuesto de hombres adictos á la Constitucion, cargó los fusiles á su presencia, y la voz unánime de los ciudadanos, acusó á su corregidor de complicidad en un crimen que le era conocido antes de cometerse, y que en vez de evitarlo habia contribuido á que se llevase á cabo por su lenidad y mala fé. Sergent, que iba acompañando á Petion, fué atacado por un guardia nacional que le arrojó al al suelo y le pisoteó en el patio de las Tullerías. El directorio de Paris suspendió al corregidor, y se hicieron varios preparativos de defensa alrededor de palacio contra otra nueva asonada que se anunciaba para aquella

tarde. Tratóse de publicar la ley marcial y de desplegar la bandera encarnada, rumores que alarmaron á la Asamblea en la sesion de la tarde, en la que el diputado Guadet dijo que se queria renovar contra el pueblo la sangrienta jornada del Campo de Marte.

Mientras esto sucedia, se presentó Petion en las Tullerías para dar cuenta al rey del estado en que se hallaba Paris. La reina al verle no pudo menos de lanzarle una mirada de desprecio. «Y bien, caballero, le dijo el rey ¿se ha restablecido ya la tranquilidad en la capital?— Señor, respondió Petion, el pueblo os ha hecho presentes sus quejas y está tranquilo y satisfecho.— Confesad que lo acaecido ayer ha sido un escándalo, y que la municipalidad no ha hecho todo lo que debía hacer para evitarlo.— La municipalidad ha cumplido con su deber, señor.— La opinion pública juzgará si ha sido así.— Decid la nacion entera, la municipalidad no teme su fallo.— ¿Cómo se halla Paris en este momento?— Todo está tranquilo, señor.— Es falso.— Señor...!— ¡Callad!— El magistrado del pueblo no tiene por qué callar cuando cumple con su deber, y cuando dice la verdad.— ¡Está bien! ¡retiraos!— Señor, la municipalidad conoce sus deberes y para cumplirlos no aguarda á que se le recuerden.»

Alarmada la reina con este diálogo tan duro por una parte y tan insultante por la otra, dijo á Røederer en cuanto Petion hubo salido del cuarto: «No os parece que el rey ha obrado con cierta lijereza y acaloramiento y que esto puede perjudicarle en el espíritu público?— Nadie estrañará, contestó aquel, que el rey imponga silencio á un hombre que habla sin atender á razones.» El rey se dirigió oficialmente el 22 á la Asamblea quejándose de los excesos de que habia sido teatro su palacio, y poniendo su causa en manos de aquella corporacion. Dió al mismo tiempo una proclama al pueblo francés, en la que manifestaba las violencias ejercidas por el populacho que despues de haber derribado á hachazos las puertas

del regío aposento, habia llegado hasta el estremo de apuntar un cañon contra su familia. «Ignoro, decia con una resignacion calculada, adonde quieren ir á parar los que tratan de destruir la monarquía. ¡Si necesitan cometer un crimen mas pueden hacerlo cuando quieran!» El rey y la reina pasaron revista á la guardia nacional de Paris en medio de continuas aclamaciones de ¡viva el rey! ¡viva la nacion! Algunos departamentos indignados de lo que habia sucedido, hicieron presente al rey su adhesion. Otros por el contrario felicitaron á los girondinos, de suerte que todo presagiaba una lucha inmediata y decisiva. No podia menos de ser así, porque el rey no habia cedido, y la sedicion habia defraudado las esperanzas tanto de los que querian herir, como las de los que solo trataban de intimidar. La jornada del 20 de junio era demasiado para amenaza, y muy poco para atentado.

IV.

Estos acontecimientos en nadie habian influido tanto como en el ejército, cuyo gefe era el rey, de suerte que los ultrages hechos á su persona los tenia aquel por propios, y le hacia estar dispuesto á insurreccionarse por defender al que reconocia por su suprema cabeza. Cuando se viola la autoridad soberana todas las que le están subordinadas temen serlo tambien, sobre todo en un ejército como el francés, cuya segunda alma ha sido siempre el honor. Las noticias que recibia de Paris respecto á lo ocurrido el 20 de junio circulaban por el campo, y las tropas no veian en ellas sino á una reina desgraciada, á una hermana del rey cuya bondad era conocida de todos, y á unos niños inocentes, siendo el juguete por muchas horas de un populacho cruel. Las lágrimas de aquellos niños y de aquellas mugeres, caian gota á gota sobre el

corazon de los soldados, que ardiendo en deseos de vengarlas, pedian á gritos que se les dejase marchar sobre Paris.

La Fayette que se hallaba á la sazón acampado á las inmediaciones de Maubeuge, favorecia aquellas manifestaciones del ejército de su mando, porque la impunidad del atentado del 20 de junio le pronosticaba el triunfo de los jacobinos y girondinos, haciéndole ver al propio tiempo que su influencia iba á quedar reducida á la nada. Entonces soñó en hacer generosamente el papel de Monk. Sostener á un rey á quien él mismo habia abatido le parecia una tentativa digna á la vez de su posicion como gefe de partido y de su lealtad como soldado. Seguro de persuadir al débil Luckner que estaba acantonado en Menin y en Courtray La Fayette le hizo saber por medio de Bureau de Puzy la resolucion que habia adoptado de ir á Paris para atraerse la guardia nacional y la Asamblea, esterminar á los jacobinos y girondinos y afianzar de este modo la Constitucion. Luckner se estremeció al leer aquella comunicacion, pero no usó de su autoridad de general en gefe para oponerse á las intenciones de La Fayette. Militar inexperto, no comprendió que asintiendo tácitamente á las peticiones de su segundo se hacia cómplice suyo. «Los sans-culottes, dijo á Bureau de Puzy, cortarán la cabeza á La Fayette; que vaya con mucho cuidado que es lo que mas le interesa.»

La Fayette salió del campamento sin mas compañía que un oficial de su confianza; llegó á Paris cuando nadie le esperaba; fué á apearse en casa de su amigo Mr. de La Rochefoucauld, y al dia siguiente se presentó en la barra de la Asamblea. Aquella noche, su amigo se puso de acuerdo con los constitucionales y con los principales gefes de la guardia nacional, y todos trabajaron para preparar la recepcion que habian de hacer las tribunas al general cuando entrase al dia siguiente en la Asamblea. En cuanto se presentó en ella, fué saludado

con miles de aplausos, á los que los girondinos indignados contestaron con un murmullo producido por la sorpresa que les causaba aquel acontecimiento extraordinario. Acostumbrado el general á los gritos tumultuosos de las plazas y calles públicas, vió sin alterarse la imponente actitud de sus enemigos. Colocado por el paso atrevido que acababa de dar entre el supremo tribunal nacional de Orleans y el triunfo, era este el momento crítico en que arriesgaba no tan solo su poder, sino hasta su propia existencia. Hombre de corazón mas intrépido que activo para dar un golpe de mano, ni siquiera se inmutó al ver la animosidad que contra él habia en la Asamblea.

«Señores, dijo, ante todas cosas, debo aseguraros que mi ejército no corre el menor peligro porque yo me haya separado de él, para presentarme aquí. Se me ha echado en cara que cuando escribí mi comunicacion de 16 de junio lo hice por hallarme rodeado de mi ejército; era, pues, un deber mio protestar contra esa timidez que se me imputaba gratuitamente, salir del honroso círculo de afectos formado por las tropas que me rodeaban y presentarme solo ante vosotros. Otro motivo mas poderoso me llamaba tambien aquí. Las violencias cometidas el 20 de junio han escitado la indignacion y alarmado á todos los buenos ciudadanos; pero con mas particularidad al ejército. En el mio no hay sino una sola opinion, tanto en la clase de oficiales como en la de tropa, y todos me han manifestado que adictos á la Constitucion, odian al mismo tiempo á los facciosos. He desechado las justas quejas, y me he encargado yo solo de venir á manifestaros los sentimientos de todos. Voy á hablaros como buen ciudadano. Ya es tiempo de consolidar la Constitucion, de asegurar la libertad de la Asamblea nacional, y de hacer que se respete la del rey, así como su dignidad. Suplico, pues, á la Asamblea, en consecuencia de lo que llevo dicho, que ordene, que los excesos del 20 de junio sean castigados como crímenes de alta traicion; que tome

medidas eficaces para hacer que se respeten todas las autoridades constituidas y muy particularmente la suya y la del rey; y últimamente, que dé al ejército una seguridad de que la Constitucion no será violada en lo mas mínimo en el interior, en tanto que los bizarros ciudadanos de que se compone el ejército francés, prodigan generosamente su sangre para defender nuestras fronteras.»

V.

Estas palabras oídas por los girondinos en medio de la convulsion de una ira reconcentrada, fueron aplaudidas por la mayoría de la Asamblea. Brissot y Robespierre, veian detrás de La Fayette á la guardia nacional y al ejército. La popularidad del general, que no era ya sino una sombra de lo que habia sido anteriormente, le protegía aun, sin embargo; mas en cuanto los girondinos aterrados en el primer momento, notaron que lo que queria hacer La Fayette, no podia pasar del estado de amenaza, porque ni llevaba consigo bayonetas, ni habia tomado ninguna precaucion para sostener lo que acababa de manifestar, renació el valor en sus corazones. Entonces, dejaron que aquel general sin soldados atravesase triunfante la sala y fuese á sentarse en el banco de los mas humildes peticionarios. Al mismo tiempo tantearon el ascendiente que tenia sobre la Asamblea, para ver si era tal que pudiese infundirles serios temores. «Desde el punto en que he visto al Sr. de La Fayette, dijo irónicamente Guadet, se me ha ocurrido la idea consoladora de que ya no teniamos enemigos exteriores, y he formado el siguiente silogismo; ¡el general La Fayette está aquí; luego, los austriacos han sido derrotados! Mi ilusion no ha durado mucho tiempo. ¡Nuestros enemigos son siempre los mismos, nuestros peligros exteriores no han disminuido, y

sin embargo el Sr. de La Fayette está en París! ; Segun habeis visto se ha constituido en órgano de los hombres de bien del ejército! ; Quienes son esos hombres de bien? ;Cómo ha podido deliberar ese ejército? ; Pido que nos presente el general el permiso que ha tenido para hacerlo?»

El orador de la Gironda fué aplaudido. Ramond quiso contestar á Guadet, haciendo un elogio enfático de La Fayette á quien llamó entre otras cosas: «el hijo primogénito de la revolucion y el hombre que habia sacrificado por ella su nobleza, sus bienes, y hasta su propia vida.—;Haced, pues, su oracion fúnebre!» contestó Saladin á Ramond. El jóven Ducos se levantó para declarar que la Asamblea no tenia suficiente libertad para deliberar hallándose en ella como se hallaba, uno de los generales del ejército. Isnard, Morveau, Ducos y Guadet se agruparon en los escalones de la tribuna, y la voz *malvado* salió de uno de los bancos. Vergniaud dijo: que habiendo abandonado Mr. de La Fayette su puesto delante del enemigo, en razon á que á él y no á un mariscal de campo era á quien la nacion habian confiado el mando de un ejército, lo que era preciso averiguar, era si lo habia hecho sin licencia ó con ella. Guadet insistió en su proposicion, y Gensonné pidió que el asunto se decidiese por votacion nominal. Esta dió una débil mayoría á los amigos de La Fayette y la manifestacion de este pasó á la comision de *Los Doce*.

He aqui todo el triunfo que obtuvo La Fayette con el arriesgado paso que dió. Una intencion generosa, un acto de valor individual, buenas palabras, un voto y nada mas. Sucedióle á La Fayette en esta ocasion lo que á los girondinos el 20 de junio; ó se atrevió demasiado ó harto poco. Amenazar sin herir, equivale en política á quedar descubierto, y nada se adelanta con esto sino poner de manifiesto la debilidad del que lo hace á los ojos de los que tal vez le creen aun con muchas fuerzas. Si La

Fayette hubiese intentado en aquella ocasion dar un golpe de Estado en vez de un golpe parlamentario; si hubiese tenido á su devocion un regimiento y algunos batallones de la guardia nacional movilizada; si hubiese marchado á la cabeza de estas fuerzas contra los jacobinos y hubiese cerrado sus clubs, dirigiéndose en seguida á la Asamblea en medio de los aplausos de los ciudadanos; si hubiese hecho preparar por sus amigos una mocion que le diese la dictadura militar de París, y con ella la responsabilidad de la Constitucion y el encargo de atender á la seguridad de la Asamblea y del rey, quizá hubiese podido acabar con los facciosos; su imprudente conducta no sirvió sino para irritarlos mas.

VI.

La Asamblea continuó su sesion y La Fayette salió de allí para ir á palacio á ver al rey, sin haber conseguido otra cosa con su arrojo que un insignificante palmoteo, y algunas sonrisas irónicas ó amigas. Cuando llegó á palacio estaba reunida la familia real, y fué recibido por el rey y la reina con todo el reconocimiento debido á su adhesion; pero con el sentimiento de la inutilidad del paso dado. Llegóse á temer que este pudiese escitar otra nueva conmocion. La Fayette en esta circunstancia arriesgó no tan solamente su vida sino tambien su popularidad. La reina entre tanto buscaba su salvacion en una esfera mas baja, porque entre los facciosos subalternos no faltaron otros nuevos Mirabeau, dispuestos á transigir con la monarquía, haciéndose pagar su defeccion á peso de oro. El de la lista civil circulaba profusamente en los clubs y en los arrabales. Danton que dirigia con una mano á la juventud y al club de los franciscanos, protegía con la otra las tramas secretas de la corte. Hombre temi-

ble para la una, hasta el extremo de que esta comprase su connivencia, daba suelta al mismo tiempo á los otros, para que confiasen en su demagogia, y haciendo traicion á todos se complacia al ver el doble poder de que estaba revestido, debido únicamente á su doble immoralidad. De aquí, aquellas terribles palabras de Danton que esplican tan perfectamente la doble alternativa de su situacion. «O salvaré al rey ó le mataré.»

La reina hizo avisar á Danton aquella noche que La Fayette, acompañado del rey, se proponía pasar una revista al día siguiente á los batallones de la guardia nacional, mandados por Aclouque, arengándolos al propio tiempo é incitándolos á sublevarse contra la Gironda y los clubs. Danton avisó en seguida á Petion, de lo que pasaba y éste revocó la orden que habia dado para la revista, antes de que amaneciese. La Fayette pasó aquella noche en su palacio, custodiado por un destacamento de la guardia nacional; y afligido al ver que su plan habia fracasado, emprendió su marcha para el ejército al día siguiente, aunque sin cejar en su propósito de atemorizar á los jacobinos y afianzar el trono constitucional. Desde luego, trató de conseguir por medio de comunicaciones lo que no habia podido lograr estando en Paris, y al marcharse remitió una á la Asamblea en que al mismo tiempo que amenazaba enérgicamente á los facciosos la daba consejos saludables y lecciones asaz osadas. No consistiendo los golpes de Estado de este hombre sino en comunicaciones que quedaban sobre la mesa del congreso, se frustraban como era natural, porque únicamente con la espada en la mano es como un general puede hacerse temer de las facciones, de las cuales, no se obtiene nunca otra cosa, que lo que se les arranca con la punta de las bayonetas. Vergniaud, Brissot, Gensonné y Guadet, oyeron la lectura de aquel documento dictatorial, con la sonrisa del desprecio.

VII.

Este viage de La Fayette á Paris, fué la única tentativa que hizo en toda su vida política, para apoderarse de la dictadura. Su idea era generosa, grave el peligro á que se esponia, y nulos sus medios para llevarla á cabo. Viendo La Fayette lo mal que le habia salido su intencion, trató de valerse de otros medios para salvar al rey y hacerle salir de incógnito de aquel mismo palacio donde habia sido su *carcelero oficial* por espacio de dos años. Aunque este fué desde entonces el único pensamiento que le agitaba, el plan que habia concebido para salir con su intento era en un todo conforme al carácter de La Fayette. Consistia éste en mantener el equilibrio entre el pueblo y el rey, de suerte que ambas cosas se sostuviesen mutuamente, para de este modo mantener una verdadera libertad entre los partidos. Ya hacia mucho tiempo que Mirabeau habia vaticinado que esta seria la política que siguiese su rival. «Desconfiad de La Fayette, habia dicho á la reina en una de las conferencias últimas que tuvo con aquella princesa, si llega algun día á mandar el ejército, querrá guardar al rey en su tienda de campaña.» La Fayette por su parte no ocultaba aquella ambicion de declararse y tener bajo su proteccion á Luis XVI para poder dominarle á su sabor y que no fuese en sus manos sino un instrumento que sirviese á engrandecerle. En la misma época en que se decidia á salvar la persona del rey, escribia á su confidente Lacombe las siguientes palabras. «En punto á libertad no me fio del rey ni de nadie; y si él quisiese *écharlus de soberano* me batiria contra él como en el año de 89. A no hacerlo así, daria motivo á que se hablase de mí con razon.»

Entonces propuso al rey dos planes distintos para sa-

carle de París con toda su familia y llevarse al ejército. El primero debía llevarse á cabo el día del aniversario de la confederacion, que era el 14 de julio. Segun este plan, La Fayette volveria á París acompañado de Luckner, y ambos generales pondrian al lado del rey aquellas tropas que les inspirasen mas confianza. La Fayette arengaria entonces á los batallones de la guardia nacional en el Campo de Marte, el rey quedaria en completa libertad y se le iria escoltando hasta que llegase al ejército. El segundo plan consistia en que las tropas de La Fayette hiciesen un paseo militar hasta llegar á 20 leguas de Compiègne. Desde aquel punto enviaria La Fayette á Compiègne dos regimientos de caballeria de toda su confianza. Cuando esto sucediese, debía ya haber llegado á París el general para acompañar al rey á la Asamblea. Este, declararia que iba á marchar á Compiègne en uso de las facultades que la Constitucion le concedia para residir á distancia de 20 leguas de la capital; mientras esto pasase, debía haber algunos destacamentos colocados de antemano por el general, alrededor del salon, los cuales se encargarian de escoltar al rey y de proteger su salida, en el caso posible de que el pueblo tratase de impedirlo. Una vez que el rey estuviese en Compiègne, nada tenia que temer, porque contando con los regimientos que La Fayette habria de dejado allí, nadie seria osado á atacarle. Verificado esto, el rey debía enviar una comunicacion á la Asamblea, en la que renovase libre y espontáneamente su juramento á la Constitucion. La Fayette creia que esta sinceridad del rey seria lo suficiente para captarle todas las voluntades, y para afianzar el trono y consolidar la Constitucion. Dado este paso, Luis XVI debía volver á París, donde segun el sentir de La Fayette, seria recibido en medio del alborozo y de las aclamaciones del pueblo. Tales sueños de restauracion, fundados en un cambio de opinion repentino y del cual no habia una probabilidad ni aun remota, no pueden

ser considerados sino como unas quimeras. Son, sin embargo, muy honrosos para el que supo concebirlos, estando al mismo tiempo decidido á realizarlos si esto hubiese sido posible. Los planes de restauracion monárquica de La Fayette, Mirabeau y Barnabe, fueron todos muy parecidos, pero aquellos hombres tan poderosos para la agresion, no consideraron que eran muy débiles para la defensa, en razon á que para destruir contaban con el apoyo del pueblo, y para reedificar no tenian otros recursos de que echar mano que su valor personal y sus virtudes.

VIII.

Estos planes llegaron á discutirse; pero el rey que colocado en el centro del peligro, conocia mejor que ningun otro lo impracticable del remedio, desechó ambas combinaciones. Luis desconfiaba del arrepentimiento de aquellos hombres ambiciosos, que para salvarle tenian que contar con las mismas manos á las cuales creia deber su perdicion. El rey conocia ademas, que una vez establecido en el campamento de La Fayette, no haria sino cambiar de esclavitud. «Sabemos muy bien, decian los amigos de Luis XVI, que La Fayette salvará al rey, pero tambien sabemos que no hará nada por salvar la monarquia.»

La reina, señora de tanta firmeza como valor, tuvo á menos implorar la proteccion y no quiso deber la vida al mismo hombre que tanto habia humillado su orgullo en épocas no muy lejanas. Entre todos los hombres de aquel tiempo, al que ella temia y odiaba mas, era á La Fayette, á quien miraba como el primer personaje de la revolucion. No cabe duda en que otros varios la habian amenazado y la amenazaban aun, pero la Fayette le era mas sospechoso que todos ellos, hasta en los mismos pla-

nes que concebía para salvarla. María Antonieta prefería los peligros al envilecimiento, por cuya razón se negó á todo cuanto se la propuso por el general. Además, sus relaciones secretas con Danton la tranquilizaban. También contribuía á que no temiese por sus días ni por los del rey, el ver que á pesar de los atroces insultos que les había prodigado el populacho el 20 de junio, sus vidas habían sido respetadas. Por otra parte estaba persuadida de tener en sus manos el hilo de la trama de toda conspiración demagógica, porque así se lo hacían creer sus misteriosos agentes, de los cuales muchos la engañaban. De aquí tuvieron origen los rumores de soborno esparcidos entonces contra Robespierre, Santerre y Marat. No hacía mucho tiempo que había entregado á Danton cincuenta mil libras con objeto de asegurar, y para atraerse á su favor con estas liberalidades, el ascendiente que aquel oradorejercía en los arrabales. Hasta la misma madama Isabel contaba con Danton y se sonreía con complacencia á la vista de aquella imagen de la fuerza popular, decidida, según creía, en favor de su hermano. «Nada tememos, dijo en confianza á su amiga la marquesa de Raigecourt, porque Danton es nuestro.» La reina, contestando á un ayudante de campo La Fayette que la hacía vivas instancias para que fuese á refugiarse en medio de las tropas que mandaba aquel general, le dijo: «Agradecemos mucho las intenciones de vuestro general, pero nada nos conviene tanto como estar encerrados tres meses en una torre.» Las palabras que acabamos de referir de estas dos señoras, descubren el secreto abandono de las Tullerías sin la menor resistencia el 10 de agosto, y el de la traslación de la familia real á la torre del Temple. Danton sabía el modo de pensar de la reina sobre este particular, y esta señora contaba con Danton para aquella prision que creía debía ser para el rey temporal, pasajera, y el único medio de salvación. Tal era la ceguera de la reina en aquella ocasión, que pro-

tector por protector, dió la preferencia á Danton sobre La Fayette.

IX.

Hasta los girondinos entraron en relaciones con la corte en la época de que vamos tratando. Pero si el patriotismo y la ambición de los hombres de este partido, se prestó á entablar semejantes relaciones, fué con el mas generoso desinterés, y la nota de venales no recayó sobre ninguno de ellos. Guadet, que era indudablemente el orador á quien mas debía temer la corte, rechazó con indignación las brillantes ofertas que se le hicieron por ver de sobornarle. El desinterés de la antigua virtud republicana, germinaba en los corazones de aquellos jóvenes, incapaces de transigir con su opinion por un vil interés. Se lograba seducirles por la gloria y moviéndolos á compasión, pero jamás por el oro.

A los 20 años era ya Guadet un célebre orador político. Su oposición mordaz le hizo retardar mucho tiempo el admitir el título de abogado del parlamento de Burdeos, en donde se hizo notable mas adelante por la elocuencia de sus discursos. Esta celebridad le dió á conocer del partido popular, que nombrándole diputado le arrancó de la vida privada y de los brazos de una joven con quien acababa de casarse. El movimiento político le condujo hasta la tribuna nacional, y su palabra, aunque menos floreada que la de Vergniaud no era sin embargo menos terrible. Tan honrado como aquel aunque de carácter mas áspero, se le admiraba menos y se le temía mas. El rey que conocía el ascendiente de Guadet, trató de atraérsele por medio de la confianza, medio el mas á propósito para seducir los corazones generosos. Los girondinos fluctuaban aun entre la monarquía constitucional y la república, y adictos á la democracia, estaban resueltos á servirla bajo

aquella forma que les asegurase obtener mas pronto la direccion de los negocios.

Guadet consintió en tener una entrevista secreta en las Tullerías, á donde se dirigió favorecido por las tinieblas de la noche. Fué introducido por una escalera secreta hasta una habitacion en la que le aguardaban el rey y la reina. La sencillez y la grande hombría de bien de Luis XVI triunfaban al momento de las prevenciones políticas de cuantos hombres de sana intencion se acercaban á hablarle. Acogió el rey á Guadet como á su última esperanza, y ademas de pintarle lo horroroso de su situacion como rey, trató de enternecerle como esposo y como padre. La reina derramó abundantes lágrimas delante del diputado, y la conversacion duró hasta muy entrada la noche. Pidiéronse y se dieron tambien allí varios consejos de los cuales quizá no se siguió ninguno. En ambas partes reinaba la buena fé, pero en ninguna habia la constancia y resolucion que eran indispensables. Cuando Guadet pidió permiso para retirarse, la reina le dijo si queria ver al delfín, y sin aguardar su respuesta tomó ella misma una luz de encima de la chimenea y condujo al diputado al gabinete en donde el jóven príncipe dormia tranquilamente. Los encantos de su fisonomía, la tranquilidad de su inocente sueño en medio de un palacio tan agitado, aquella madre, jóven aun y reina de Francia, que se escudaba, por decirlo así, con la inocencia de su hijo para mover á compasion á uno de los enemigos mas declarados de la monarquía, enternecieron á Guadet. Separó éste con la mano los cabellos que cubrian la cara del delfín, y le dió un beso en la frente sin despertarlo. «Criadle para la libertad, señora, dijo Guadet á la reina, esta es la única condicion de su existencia.» Al mismo tiempo volvió la cara á otro lado para ocultar algunas lágrimas que corrían por sus mejillas.

De esta manera la naturaleza puede siempre mas en el hombre que el espíritu de partido. Estraño espectáculo

lo es el que el destino ofrece á la historia cuando la hace entrar en este aposento, en donde duerme un niño rey y que está alumbrado por una reina. Estraño tambien el ver en él aquel hombre que besa llorando la frente del régio niño y que nueve meses despues es uno de los que le quitan la corona y entregan la vida de su padre al pueblo. ¡Qué abismo tan grande el de la suerte! ¡Qué noche tan oscura el porvenir! ¡Qué irrision de la fortuna aquel beso de Guadet! Este salió de aquel cuarto tan conmovido como si hubiera previsto un lazo siniestro que se le tendía. El hombre sensible tenia miedo del hombre político. ¡Así es el hombre! ¡Cuánto mira por su vida!

